

cuerda de un arco. . . . y, ¡zas! á la azotea más muerto que vivo. Pero al tocar en tierra, ví en la azotea al formidable teniente de Cuca; con un fusil su asistente y no sé quiénes más. . . . Verlos, incorporarme, correr y saltar entre jaulas y enredaderas á un corredor vecino, fué obra de un instante.

—Muy buenos días,—dije á los habitantes pacíficos de la casa que salieron al ruido y me vieron estupefactos.—Ustedes perdonen, señores, esta manera de visitar; pero probando un maldecido papelote, dí un resbalón. . .

—Fatales resbalones son esos. . . . venga Ud. por acá,—me dijo el señor de la casa que era mi amigo;—me metió á su recámara, me tranquilizó, me limpió, me dió agua con magnesia y me detuvo hasta que desapareció todo peligro. Ocupémonos ahora de la otra aventura.

El otro suceso á que me referí, tiene mucho de grotesco y guardaría sobre él prudente silencio si no fuera porque en mi sentir tiene algo del colorido de la época.

In illo tempora nuestros viceversas y contradicciones sociales, nacidos de nuestro origen y de los caprichos de la fortuna, eran más acentuados; los progresos de la educación, el contacto con los extranjeros, la baratatura de muebles y de géneros, etc., pero sobre todo los pronunciamientos, establecían encontradas corrientes, abatían eminencias coloniales, levantaban entida-

des inesperadas y como aparecidas y daban al conjunto un aspecto de mesa revuelta ó globo de lotería en que todas las bolas tuviesen distintos números y colores.

En una misma familia se podía marcar al tío, arrieroócarpintero, hecho general de bote y zumbido, de bigote y guantes, de cohorte y de influencia, y al hermano, labriego, de calzón de cuero y con unos *trajes y unos caibas* de desbaratarle la cara á la damita almiarada y bailadora de cuadrillas, y la mamá comiendo con los dedos, el túnico bajado del corpiño, sin medias y con la chancala sonante.

Otra lección social: se encerraba en sus hábitos antiguos, con las viejas criadas de armador, las niñas de fleco liso y de zorongó, comiendo su puchero, rezando su rosario y sujetas en un todo á las leyes supremas de las directoras.

Pero en el alto quirio, si bien deslumbraban aún los astros de la Iglesia y los luminaires del foro de la medianía, y la milicia que habían quedado vivientes en el nuevo régimen, estaban interceptados y confundidos por los advenedizos de la revolución.

Las prácticas monásticas observadas por muchas familias, la rigidez de la confesión en cortos períodos, el internado para los que seguían la carrera monástica y de las letras y otras causas, hacían que los chiecos en lo externo, pacatos y ceremoniosos, buscasen sus solaces clandestinos con las parientas y criadas, y en lo externo con cómicos y bailarinas, toreros, picado-

res de á caballo y gente alegre, alejada de la tirantez cortesana.

Feliz el jovenzuelo de cierta ralea que lograba hospitalidad entre bailadores ó era recibido en el cuarto de una actriz.

Feliz el petimetre á quien dedicaban en un redondel un par de banderillas ó una flor, y sobre todos feliz el que salía de una corrida de toros ostentando unas banderillas, regalo del afamado capitán de la cuadrilla.

Estas relaciones se estrechaban en figones y coleaderos, bodorrios y fandangos, en que se verificaban enlaces fugaces que salpicaban en retoños aparecidos, con nombres retumbantes, la masa revuelta del *pópulo bárbaro*.

En el oleaje de ese conjunto desplegaba sus velas mi juventud. Así es que me consideré dichoso cierto día, que nada menos que el primer picador de la plaza de San Pablo me convidó para un bailecito casero, por el Tornito de Regina.

La espalda de la casa del baile daba á un callejón de vara y media de ancho que comunicaba la entonces extensísima plazuela de las Vizcaínas, hoy limitada por una manzana de casas, con la calle de Don Toribio.

Daban á ese callejón altas ventanas de la casa en que se verificaba el baile, ventanas por la estrechez del callejón, como asomadas á un gran corral, que servía de paraje de arrieros, mansión de burros, caballos y recuas, lleno de estorbos, aparejos, carros despedazados, pesebreras, etc.

La salita en que se verificaba el baile tenía sus ventanas para el callejón, con sus vidrieras completadas con papel aceitado para no interceptar del todo la luz, cuando era necesario.

Paredes blancas sin friso ni adornos, unas cuantas sillas en el estrado, y á los lados, la silla de montar en su caballete, á su lado una mesa con varios platos con puchas, rodeos y tiras de queso, entre botellas de *Rosolis*, catalán judío y vasos con sangría y chíá, que reconocían por fuentes abundantes dos ollones colocados tras de la puerta, bajo la custodia de una vieja claridosa y de toda confianza.

En el fondo estaba la música, compuesta de dos bandolones, un bajo y una flauta.

La concurrencia era de lo más heterogénea: se componía de los parientes y amigos íntimos del picador, de los niños invitados que lo favorecían, algunos hijos de Marte, y unos sacerdotes de la Merced ó San Francisco, que eran como de la casa por el favor de la señora y las niñas.

Entre las damas, formaban caprichoso mosaico los tónicos de muselina y carrancelán, las mascaradas de la India y pañoletas, los caracoles y peinados de caracoles, y peinetas de olla, de teja y de las tres potencias, zapato de raso chino y media calada, con el rumbo castor, la enagua de mascaradas, el desgote con retozo de fraile, la matacolas, gargantillas y aretes ó arracadas de oro.

Entre los galanes alternaban el vestido de charro del

niño, fino todo, bordados y galones; y el escurrido pantalón del escribiente, el frac de botón dorado y la chaqueta de indiana del artesano, la frazada, la esclavina y la capa en deliciosa confraternidad.

Ardía el fandango, el entusiasmo erótico invadía las fronteras del delirio, el polvo colorado de los ladrillos que levantaban los bailadores hacía aparecer las luces como al través de las nieblas.

Yo no sé cómo ni dónde estalló una disputa: de las insultantes palabras pasaron á las manos; los catrines formaron falanje al peladaje lépero; las mujeres se convirtieron en furias, y aquellas fueron granizadas de puñetazos, aguaceros de palos, tempestades de blasfemias y desvergüenzas; volaban en todas direcciones platos, botellas y vasos entre nubes de puchas, rodeos y tiras de queso. Las luchas se habían empezado de de cuerpo á cuerpo, á mí me tocó de contendiente un barbaján de cantería, con unos puños como de fierro. Yo me defendía luchando con todas las reglas; pero impaciente el jayán de no poder derribarme, me asió debajo de las arcas y me lanzó por la ventanilla descrita que daba al corral de las Vizcaínas.

Aquel estupendo é inesperado vuelo fué un vértigo para mí. Afortunadamente, después de mi escapada aérea caí en un montón de estiércol, pero desapareciendo como en un lago. Me ahogaba, salí á flor de estiércol, pero entre las risotadas de burla, escupiendo, asqueado y molestísimo, al extremo que un mes des-

pués no podía comer á mi gusto por el sabor maldecido que me dejó mi aventura.

No quiero concluir esta nota sin dar idea de otra clase de bailecitos de *medio pelo*, á los que era yo efectísimo.

Érase el año de 1840, y publicaba yo con el seudónimo de Don Benedetto, en el *Museo Popular*, los versos siguientes, tomados de mi comedia titulada «El Alférez.»

«No hace mucho concurri
Con mi querida Matilde,
A un baile de gente humilde,
Y escuche usted lo que ví:
Pieza á medio blanquear
Era, donde una cortina,
Dividía la cocina
Del espacio de bailar.
Sentados los circunstantes:
Los más decentes en sillas,
Los de chaqueta en cuchillas
Y de plano los restantes.
En mesas de cien abriles,
Sostenidas con esmero
Por un oculto madero,
Estaban dos luces viles.
Pérfidos las resguardaban
Dos candeleros raquíuticos
Que al sentir gente, impolíticos,
Las bujías ladeaban.
Junto al lecho hubo una luz
De una lamparilla escuálida,
Alumbrando la faz pálida
Del Redentor en la Cruz.
Haciendo papel decente
Por su petulante empaque
Un cantante badulaque,
Un fraile y un subteniente.